

El imperialismo de los Estados Unidos en el pensamiento de Martí, Rodó y Haya de la Torre: pasado y presente

*José C. Castañeda Reyes**

INTRODUCCIÓN

Las trece colonias que se declararon libres de Inglaterra en 1776 vivieron un proceso de desarrollo capitalista acelerado, que en poco tiempo les permitió lanzarse a la conquista de amplias zonas de influencia, mercados y centros de extracción de materias primas. A excepción de la guerra con México este proceso, que se observó con más claridad a fines del siglo XIX cuando se abandonó plenamente la política aislacionista propuesta por George Washington, significó que el imperialismo norteamericano se dirigiera principalmente a ejercer un control indirecto, de tipo financiero o industrial, sobre los territorios bajo su influjo, más que interesarle una ocupación directa sobre aquéllos. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias afirmaron plenamente esta orientación. Así:



el "nuevo imperialismo" comercial es esencialmente antibélico y anticolonial; no debían adquirirse nuevos

* Profesor investigador del Departamento de Filosofía en el Área de Historia del Estado y la Sociedad de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

territorios que hicieran peligrar la seguridad de los Estados Unidos o supusieran un precio excesivo para su economía (Adams, 1979: 251-252).

De esta forma, Estados Unidos desarrolló una política dirigida, sobre todo, en contra de América Latina. Para el coloso colonialista esta región del continente ha significado un lugar esencial para los capitalistas norteamericanos, que han procurado lograr la identificación entre sus propios intereses y la seguridad nacional norteamericana. Por ello, la estabilidad de la nación en lo interno aparece como altamente dependiente tanto de las inversiones efectuadas en América Latina como de la situación que guarden las fuerzas de los países “amigos” del sur (Galeano, 1979: 207). La explotación de los recursos naturales de Latinoamérica y su utilización como mercado cautivo de sus productos ha sido y es fundamental para el capitalismo norteamericano. De ahí la Doctrina Monroe (1823), la cual señala que:

consideraríamos un peligro para nuestra paz y seguridad cualquier tentativa de parte [de las potencias europeas] que tuviera por objeto extender su sistema a alguna porción de este hemisferio... cualquier intervención de una potencia europea con el objeto de oprimir [a las naciones latinoamericanas] o de dirigir de alguna manera sus destinos, no podrá ser vista por nosotros sino como

una manifestación hostil hacia los Estados Unidos (Pereyra, 1973: 644-665).

Por otro lado, la tesis del “Destino Manifiesto” indicaba que los derechos de los Estados Unidos eran una expresión de las prerrogativas de la humanidad toda, por lo que tan sólo se ejercía el “derecho a la posesión” de los territorios americanos, natural a la grandeza del pueblo norteamericano, ya que:

el destino de esta nación se hace manifiesto, no sólo por el éxito alcanzado [en su desarrollo y conquistas] tal y como ya lo establecía su moral puritana, sino también por la misma geografía, vista de tal forma que no sólo el sur y el oeste americano estaban destinados a ser campo de su expansión, sino también el Caribe y de allí toda la América, para saltar de aquí a una expansión ultrcontinental (Zea, 1976: 111).

Ante esto, los ataques contra Latinoamérica a lo largo del siglo XIX fueron constantes. México, Cuba, Puerto Rico, Panamá, diversos territorios cayeron, de una u otra manera, bajo la influencia norteamericana. Esta forma de colonialismo incidió directamente en el desarrollo de América Latina. Pueblos enteros quedaron inmersos en un papel específico dentro de la división internacional del trabajo, estructurada entre 1820 y 1914 para convertir a los países latinoamericanos en exportadores de materias primas (Furtado, 1974: 46, 50-52). En este contexto, Estados Unidos:

asumía el papel de gendarme al servicio de relaciones financieras establecidas en la etapa de madurez del neocolonialismo; los hechos iban a demostrar con cuánta seriedad estaba dispuesto a encarar sus nuevos deberes... (Halperin, 1981: 284)

— o —

A raíz de que América Latina alcanzó su reaccionaria independencia política cambió la dominación española por la influencia del colonialismo y luego imperialismo mundial. En realidad, esta influencia ha sido una constante en toda la historia latinoamericana.¹ Ante esto, es natural que los pensadores latinoamericanos, sobre todo desde fines del siglo XIX y principios del XX, hayan señalado el peligro del imperialismo para los pueblos de América Latina; y por circunstancia geográfica, por influencia natural casi, los Estados Unidos han sido motivo de admiración primero y de temor nacional después. Así, este pensar latinoamericano sobre el incómodo “vecino” expresa el repudio contra la prepotencia norteamericana, con un sentido de lucha anticolonialista y antiimperialista muy clara. La crítica permite también la autodefinición del ser latinoamericano por comparación con el yanqui, y ello no se debe a una falta de conocimiento de Norteamérica, sino al hecho de observar la necesidad de desarrollar un pensamiento defensivo ante el peligro común (Rama, 1975: 9, 47-48). Sin

embargo, recordaremos luego las implicaciones de la posición diametralmente opuesta: la de aquellos que admiran y, sobre todo, se benefician del acercamiento con los Estados Unidos y su *American way of life*.

El pensamiento sobre los Estados Unidos muestra una evolución desde “la visión empírica (Martí), espiritualista (Rodó) e incluso nacional-socialista (Ugarte) de los escritores finiseculares, a una concepción más moderna en que se utiliza la explicación del imperialismo como definitoria de la actitud norteamericana con referencia a nuestros pueblos...” que encontrarán como su “más vigoroso rival” para su liberación económica, política y social, anteriormente imaginada por medio de la vía del “socialismo real”, al “colonialismo imperial norteamericano, ya sea a través de las oligarquías locales que le sirven, ya directamente en forma de intervencionismo económico, político y militar.” (Rama, 1975: 32-36).

Pero puntualicemos: es paradójico que los Estados Unidos devinieran para el pensamiento latinoamericano “peligro continental”, como finalmente se le consideró, sobre todo si tomamos en cuenta el modelo que significó este pueblo para la conciencia latinoamericana en ciertos momentos. En efecto, se nota una evolución en la concepción del país del norte en esta conciencia: inicialmente, Norteamérica despertó la admiración y el deseo de emulación en pueblos recientemente liberados del yugo europeo que veían su atraso ab-

soluto y no encontraban solución para sus problemas internos. De ahí el considerar a los Estados Unidos, pueblo también liberado de Europa pero poderoso y capaz de tener su propio destino, como el modelo a seguir por los pueblos de América Latina, deseosos de gozar de similar grandeza y de que lo mismo que ocurría en el norte pudiera presentarse en el sur. En los Estados Unidos “el espíritu de la modernidad había encarnado...” y se realizaba totalmente. Así, Sarmiento exclamaba: “¡Llamaos los Estados Unidos de la América del Sur y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre al que se asocian ideas grandes!” Pero mientras los latinoamericanos los admiraban, los norteamericanos se dedicaban a extenderse sobre los ilusos en su propio beneficio, con base en las justificaciones ideológicas de que hablábamos, buscando “tomar el lugar dejado por España y Portugal o por cualquier otra nación europea en Latinoamérica” (Zea, 1976: 57, 59-61). Mas ello parecía no ser observado entonces, y a la ceguera contribuía la prédica procapitalista, admirada de observar un “organismo” tan perfecto como el de los Estados Unidos.

Pero poco a poco la realidad empezó a no concordar con las ideas preconcebidas. Si México comenzó a padecer la “buena vecindad” desde antes de mediar el siglo, poco después en el resto de Latinoamérica se comenzó a

observar que en realidad Norteamérica no era la meta a alcanzar: iniciaba al fin la reacción latinoamericana generada en las clases medias, relegadas por las oligarquías internas y por el imperialismo, y que a fines del siglo XIX y principios del XX no podían dejar de observar, sobre todo a partir de 1898, la cada vez más clara penetración negativa del imperialismo estadounidense. Para el siglo XX, la conciencia del gran error de querer asemejarse a un pueblo tan diverso será clara, y es entonces cuando se habla de la necesidad de basarse en las raíces propias, no en las realidades ajenas (Zea, 1976: 70, 74). Ello se refleja en los escritos de fines del siglo XIX y principios del siguiente, que además intuían, amén de las intervenciones directas, el pleno y peligroso desarrollo del potencial económico del antiguo modelo (cf. Beyhaut: 1985: *passim* y especialmente 159-171). Con ello nace el sentimiento antiimperialista:

pese a la renuencia del gobierno y los ciudadanos de los Estados Unidos a hablar de un imperio y de imperialismo la América Latina lo denunciará y se enfrentará a él acuñando como palabra de combate la del antiimperialismo (Zea, 1976: 143).

La “nordomanía” o “yanquimanía” tendía a llegar a su fin. Empero, la situación ya no tenía solución: los Estados Unidos desarrollaban ya abiertamente su política expansionista e

imperialista, en franca alianza con las fuerzas reaccionarias de los pueblos latinoamericanos, aliadas permanentes de los capitales extranjeros para la defensa de sus egoístas intereses de clase (cf. Zea, 1976: 82, 92 y 132).² A pesar de la prédica justificatoria norteamericana, los países de Latinoamérica veían que los norteamericanos “no tenían amigos, sino intereses” y que por ello la única solución posible era el movimiento del latinoamericano para lograr su independencia económica, e incluso política en algunos casos, del nuevo imperialismo.

Este proceso fue acelerado con el inicio de la Revolución mexicana y por el estallido de la Primera Guerra Mundial, ambos hechos de gran influjo en América Latina (véase Beyhaut, 1985: 159-171 y 256-275). De esta manera, con el ejemplo mexicano, nacionalismo y reformismo se desarrollaron rápidamente y para los años anteriores a la Segunda Guerra se manifestaron ya con más claridad en diversos movimientos tendientes a lograr la independencia económica por medio de la lucha antiimperialista. Los problemas generados en esta etapa se agudizaron aún más en América Latina debido a los efectos de la crisis de 1929, que provocó el fortalecimiento de las tendencias autoritarias en distintos gobiernos del mundo.

En esta difícil situación, las doctrinas y planes de emancipación surgían pero sin llegar a resultados positivos: los Estados Unidos y la reacción inter-

na impedían todo movimiento liberador. Así, América Latina debió esperar hasta 1959 para contemplar con asombro, y luego con esperanza, la instauración de un nuevo régimen que al poco tiempo se declaraba de corte socialista y que ponía en práctica medidas que los mismos nacionalistas latinoamericanos veían como impracticables.

— o —

En este marco que describimos suscitadamente se destacan los tres pensadores que estudiamos, modelos de las etapas que esbozamos arriba. En efecto, José Martí representa la etapa inicial, en la cual comenzaba a advertirse y señalarse el peligro imperialista norteamericano; con ello inicia el camino que continúa José Enrique Rodó, el cual observó con claridad esta situación, sobre todo a partir de 1898, por lo que asentó en su *Ariel*, el cual llenó toda una época en Latinoamérica, el peligro de la “nordomanía” y la inutilidad de la misma, proponiendo en cambio la elevación del espíritu latinoamericano que debía enfrentarse e imponerse a lo sajón. Finalmente, Víctor Raúl Haya de la Torre y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) propusieron ideas y programas originalmente avanzados y prácticos, como resultado del difícil periodo de entreguerras, la problemática interna de los pueblos latinoamericanos, el desarrollo de nuevas ideas y la puesta en práctica con

éxito de otras. El cada vez más asfixiante imperialismo estadounidense preparó el campo para el surgimiento de estas teorías antiimperialistas, finalmente cooptadas por los propios Estados Unidos. De cualquier manera, Haya, a pesar de sus contradicciones y paradojas, cumplió con una siguiente etapa en el desarrollo del proceso antiimperialista, proceso que habría de desembocar en la Revolución cubana, la cual se significó como un verdadero cambio en las relaciones entre América Latina y el coloso del norte. Hoy, la misma vía cubana es cuestionada por las propias naciones latinoamericanas. El proceso de “globalización” se manifiesta con nuevas formas y mecanismos de explotación, que continúan

postrando en el atraso y la miseria a gran parte de los pueblos latinoamericanos, a través de la alianza del yanqui con los intereses oligárquicos internos. Urge retomar el camino que Martí, Rodó y el mismo Haya de la Torre en un tiempo, marcaron para la liberación de América Latina. Y continuamos esperando que se revele el misterio de que hablaba Carlos Pereyra: “...la reacción hispánica contra esta fuerza es el secreto que no podemos penetrar” (1973: 748).

EL PRECURSOR:

JOSÉ MARTÍ (1853-1895)

El medio

A mediados del siglo XIX, Cuba continuaba siendo una productiva posesión para los españoles: el azúcar, el café y el tabaco eran fuentes de riqueza y produjeron el crecimiento económico de un país colonialista dependiente. Todavía se empleaba en gran medida la mano de obra esclava y en general se observaban ya signos de los problemas futuros. En 1857 y 1866 se presentaron sendas crisis, que favorecieron la fermentación revolucionaria, hasta llegar al 10 de octubre de 1868, en que Carlos Manuel de Céspedes lanzó el “Grito de Yara” conminando a los cubanos a la independencia, iniciándose un conflicto que culminó con el Pacto de Zanjón (1878). Martí, quien se había adherido a la lucha, padeció el encierro, que



le permitió escribir su "Presidio político", para ser luego desterrado. En tanto, el proceso de agitación continuaba, en pro de la independencia y de la libertad del negro. Al mismo tiempo, los Estados Unidos, desde 1880, iniciaban su penetración imperialista en Cuba, dirigida al campo de la minería y luego al del azúcar (1883), lo cual permitió el establecimiento de las grandes centrales de obreros asalariados. Para 1894 la producción de azúcar llegaba a más de un millón de toneladas, y representaba el 85 por ciento del total de las exportaciones del país. Cuba estaba ya en el camino del monocultivo agotador, al mismo tiempo que las contradicciones sociales se recrudecían.

Calixto García en 1880 había intentado un nuevo movimiento independentista, que también fracasó, y no fue hasta 1892, cuando Martí y otros constituyeron el Partido de la Revolución Cubana, que el proceso se aceleró. Para 1894 se había reunido dinero, armas y partidarios, en gran parte gracias a la convocatoria del propio Martí, que viajó por el Caribe y los Estados Unidos llamando a sus compatriotas a la lucha. Al fin, Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo desembarcaron en Cuba en 1895 y se lanzaron a la lucha. Martí fue muerto el 19 de mayo en una escaramuza en Dos Ríos, provincia de Oriente, y su cadáver fue exhibido como escarmiento y advertencia. Pero el proceso no se detuvo y desembocó finalmente en la intervención estadounidense en 1898, la primera guerra im-

perialista de la historia contemporánea, según Lenin, y de la que emergió la Cuba dependiente que habría de liberarse de nuevo en 1959. La Enmienda Platt (2 de mayo de 1901) sepultó momentáneamente por completo las esperanzas por las que vivió y murió Martí (cf. Pierre-Charles, 1978: 23-24; Le Riverend, 1985: II, 39-86 y Martí, 1980: 5-6, 10-11 y 47).

El hombre

José Martí nació en La Habana el 28 de enero de 1853. Su padre, oficial de artillería español, lo educó para que fuese "un hombre libre". En 1870 fue preso por mostrar sus sentimientos pro Céspedes, y condenado a seis años de presidio. A los diecisiete años débil, frágil, fue desterrado a España, pues no logró soportar el régimen penitenciario. En la Universidad de Zaragoza estudió la licenciatura en filosofía y letras y en 1875 se trasladó a México. Editaría la *Revista Universal*, *El Federalista*, *El Eco de Ambos Mundos*, *El Socialista*, *Guatemala*, *Revista Venezolana*, como parte de una extensa obra escrita a lo largo de su vida.

En 1878 regresó a Cuba, pero por su actividad revolucionaria fue otra vez expulsado. En 1880 llegó a los Estados Unidos, donde permaneció hasta el inicio de la lucha definitiva, realizando viajes esporádicos fuera del país y colaborando en diversas publicaciones. En 1891 representó a Uruguay en la

Conferencia Monetaria Internacional de Washington. Su estancia en los Estados Unidos le permitió observar su negativa influencia sobre América Latina, la cual procuró denunciar. Pero fue la gran lucha liberadora de su patria su principal preocupación, la que finalmente lo llevó a la muerte (cf. Martí, 1980: 213-215 y s/f: VIII-XIII, y Zea, 1979, 69-70).

Las obras de Martí sobre Hispanoamérica y los Estados Unidos se refieren sobre todo al periodo de 1880 a 1895, en el cual realiza un análisis profundo, humano y clarificador de la difícil relación, con “insuperables cuadros de los pueblos de las dos Américas y sagaces y justicieros análisis de las relaciones entre el norte y el sur” (Martí, 1982: xx-xxi).

La importancia de Martí radicó en la creación de esta nueva imagen de Norteamérica, que los escritores posteriores, como Rodó, habrían de desarrollar luego. Su gloria consistió:

en haber modificado y destruido la depresión moral en que vivíamos, siendo el despertador del pueblo aletargado, la imagen viva del apóstol y el caudillo que enseña y organiza, que impulsa y disciplina, que predica cuando la predicación es necesaria y que muere por su credo cuando el sacrificio lo demanda (Martí, 1902: II, 12; cf. Rama, 1975: 23, y Zea, 1976a: 453).

De esta forma, Martí condenó el inútil afán de la generación anterior

por emularse a los Estados Unidos y pretender levantar “de la nada” un ser de América falso, intentando fingir y dejar de ser lo que se era para convertirse en algo distinto e inalcanzable.

El pensamiento

La visión de Martí sobre el imperialismo de los Estados Unidos aparece muchas veces más bien insinuada en los textos que declarada abiertamente, quizá por su situación de vivir en el territorio norteamericano. Sin embargo, en ciertos documentos como los referentes al Congreso Internacional de Washington y la carta a Manuel M. Mercado del 18 de mayo de 1895, un día antes de morir en combate, muestra con gran claridad su pensamiento antiimperialista. Así, señala el peligro que significa Norteamérica, la cual desea la dominación absoluta del continente:

...contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de dominación continental... De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia por boca de sus estadistas... mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo...

¿Y han de poner los pueblos de América sus negocios en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de las naciones? (Martí, 1980: 99, 111).

Los Estados Unidos desarrollan una política de imperialismo económico nociva a los pueblos hispanoamericanos:

Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación no pueden unirse sin peligro a los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas... Dos cóndores y dos corderos se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero... (Martí, 1980: 141).

El problema es que los norteamericanos ni siquiera comprenden a la América Latina, lo cual constituye un grave peligro:

No hay que esconder que las razas corpulentas y vigorosas miran con cólera, como a un estorbo, a las razas de cuerpo menor y vida difícil que la historia les pone en el camino... se suele desdeñar a México porque se le envidia o porque no se le conoce (Martí, 1980a: 141).

Por ello, la relación que Hispanoamérica mantenga con el poderoso vecino debe ser razonada y establecida en medio de innumerables precauciones:

jamás hubo en América... asunto que requiera más sensatez ni obligue a más vigilancia, ni pide examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder... vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión... o apoderarse de un territorio... o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo... (Martí, 1980: 82-83).

Y Martí habla con conocimiento de causa, pues:

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas –y mi honda es la de David... yo estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso... (Martí, 1953: 128).

De esta forma Martí da cuenta de su labor revolucionaria, tendiente a mostrar el peligro imperialista y, sobre todo, a lograr la independencia de su país.

De su estancia en los Estados Unidos Martí aprendió a conocer la vida interna del coloso y, según los propósitos que él mismo declara, procuró

no escribir de un solo tema sino de varios: política, costumbres, escenas cotidianas, acontecimientos diversos. Así, Martí habla de lo que vivió: observa y critica el crudo egoísmo materialista del norteamericano (Martí, 1980a: 60, 65), su origen, según Martí opaco y poco recomendable:

Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó, con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos (Martí, 1980: 84-86).

El carácter egoísta, materialista y lleno de malas costumbres de diversos miembros de su población, hacen a ésta capaz de las mayores infamias: “la señora Jewell llegó al árbol, encendió un fósforo, puso dos veces el fósforo encendido a la levita del negro que no habló, y ardió el negro, en presencia de cinco mil almas” (Martí, 1980a: 87, 188).

Estas costumbres son criticadas a veces velada pero irónicamente, y otras abiertamente y con dureza:

...esta vida del norte ejemplar, hasta en sus mismos vicios... Pero aquí es donde por la maravilla de la prensa, amiga fiel en estos pueblos donde se vive sin amigos...; en el oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara a la bebedería, y las mujeres, forzudas y deci-

didadas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar... La única condición que inspira respeto al norteamericano, [es] la opulencia... (Martí, 1902: I, 229-230, 235, 249; véase además Martí, 1980: 144-145, 196-198 y 202).

De todos modos, Martí no duda en mostrar su admiración por hombres como Washington o Edison (Martí, s/f: 354-358 y 1980a: 138).

Por su parte, y a pesar de que la necesita, Estados Unidos desprecia a América Latina:

¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene, por única causa, la cercanía de nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa o infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes! (Martí, s/f: 27).

La actitud agresiva de los norteamericanos procede de su desconocimiento de América Latina, lo cual provoca ese desprecio, así como de una “locura” por el poder que acometió a los yanquis (cf. Martí, s/f: 54-55 y 1980a: 339-340).

Por otro lado, América Latina es concebida por Martí llena de belleza, con un pasado glorioso y un hermoso y fértil suelo, con problemas inmensos pero con habitantes dispuestos a lograr por medio de su trabajo y sacrificio la estima y el respeto de las naciones.

América es la esperanza, la dueña y la guía de las generaciones de latinoamericanos que exclaman: “¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!” (Martí, s/f: 62-63).

Si bien América Latina se va salvando de todos los peligros, hay algunos muy graves, el principal aquel que se genera del encuentro con el “otro pueblo” del continente, “pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdena” (Martí, 1982: 91-92). Como posteriormente hará Rodó, Martí señala los peligros de la “yanquimanía”, y para solucionar muchos de los problemas de América Latina pide la unión americana. (1980, 131, 137, 139, 199-200).

Martí fue un patriota y un hombre de acción, tanto como un hombre de letras. Las dos facetas de su personalidad se conjugan admirablemente en “El último diario” (1982: 241-247), dramático y conmovedor, reflejo de los postreros días del poeta. Podemos imaginarlo así en lucha por su patria, luego de haber señalado caminos y adelantado juicios certeros sobre América Latina y sus problemas. Murió sin ver que su amada Cuba iba a caer bajo la férula que denunciaba con tanto temor y a la vez con clara valentía, a pesar de lo cual y andando el tiempo su mismo suelo habría de convertirse en el ejemplo y en la esperanza de toda su querida América. Murió así Martí con el deseo de la libertad de su patria y sin temor a la muerte en su corazón:

Otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida. La mañana después de la tormenta, por la cuenca del árbol desarraigado echa la tierra fuente de frescura, y es más alegre el verde de los árboles, y el aire está como lleno de banderas, y el cielo es un dosel de gloria azul, y se inundan los pechos de los hombres de una titánica alegría. Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea como redimiéndose y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más verde crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto... la muerte da jefes, da lecciones y ejemplos, la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida: ¡así, de esos enlaces continuos invisibles, se va tejiendo el alma de la patria! (Martí, 1953a: 99-100).

EL ROMPIMIENTO: JOSÉ
ENRIQUE RODÓ (1871-1917)

El medio

La transformación del Uruguay en un Estado moderno y democrático tuvo que esperar durante años, pues al igual que en otros países de América Latina las luchas y agitaciones internas, fueron características de la vida del país. La segunda mitad del siglo XIX contempló enfrentamientos entre diversas facciones y caudillos: Lorenzo

Batlle, Timoteo Aparicio, Lorenzo Latorre, Francisco Antonio Vidal... El caudillismo se mantenía en total efervescencia. A fines de siglo Juan Lindolfo Cuestas gobernó de 1899 a 1903 y logró sentar las bases para un desarrollo más democrático del país, ya que dictó una nueva ley electoral y logró un pacto con el Partido Nacionalista. Finalmente, la verdadera vida democrática del país comenzó con el ascenso de José Batlle y Ordóñez en 1903, que ayudaría a convertir al Uruguay en la nación más equilibrada y progresista de la América del Sur. Batlle organizó al país y logró una serie de reformas sociales que mejoraron la vida de la población uruguaya: reducción de la jornada de trabajo a ocho horas y seguro de vejez, por ejemplo, medidas aplicadas aquí con antelación a muchos otros países. La obra de Batlle, a través de dos periodos presidenciales (1903-1907 y 1911-1917) culminó con la Asamblea General Constituyente de 1916, que permitió una reforma constitucional al establecer un Ejecutivo colegiado, organización que habría de permitir al país vivir en gran tranquilidad luego de la agitada etapa anterior (véase Sierra, 1985: I, 431-457).

El hombre

Rodó nació en Montevideo el 15 de julio de 1871, hijo de un comerciante catalán y una dama uruguaya. Estudió en

escuelas privadas y oficiales y en 1885 obtuvo empleo de escribano. No continuó estudiando a pesar de sus innegables capacidades por la rebeldía que lo caracterizaba ante los métodos escolares. En 1895 publicó sus primeros trabajos y para 1896 *El que vendrá*, lo cual le confirió una temprana autoridad. Padeció de crisis neuróticas, producto de su especial carácter, a pesar de lo cual comenzó a ejercer su oficio de periodista político. Condenó la intervención yanqui en Cuba, y en 1900 publicó su fundamental *Ariel*, el cual constituyó una dura crítica a Norteamérica. Actuó en el Partido Colorado y en 1902 fue electo diputado, cargo al que renunció en 1905, decepcionado por la situación política del país. En 1909 publicó sus *Motivos de Proteo*, y electo a diputado nuevamente propuso medidas para mejorar la situación de la clase obrera uruguaya. La ilusión de toda su vida fue un viaje por Europa, para perfeccionar sus conocimientos, y al fin lo logró en 1916 cuando se encontraba ya muy enfermo. Continuó escribiendo, y entre otros escritos suyos encontramos *El mirador de Próspero* (1913) y *Liberalismo y jacobinismo* (1915). Recorrió España, Francia e Italia, cada vez más enfermo mental y físicamente, abandonado de su propia persona y angustiosamente solo. En Palermo enfermó de fiebre tífica y nefritis y falleció el 10. de mayo de 1917. Entonces vino un reconocimiento efímero, antesala de su olvido por algunos lustros. Sus restos llegaron al

Uruguay en 1920 (Zea, 1979: 83-84; Rodó, 1979: XLII-XLIV).

Con Rodó se manifiesta ya el interés del latinoamericano por captar la realidad propia del continente alejándose así de la nefasta “nordomanía” y significándose como la reacción ante el positivismo en decadencia. Rodó buscó fortalecer el poder espiritual de Hispanoamérica para su enfrentamiento con las fuerzas que la acechaban. Así, Rodó da la primera y gran teoría de la filosofía de la cultura de Latinoamérica y una serie de argumentos para enfrentar al positivismo. Revaloriza el espíritu de América Latina y su cultura y las encarna en un símbolo, “Ariel”, el cual se enfrenta a “Calibán”, el burdo materialismo egoísta interesado, que ejemplifican los Estados Unidos: “La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la evolución creadora con el ideal de una enorme acción para la vida” (Zea, 1979: 83 y 1976a: 412, 425, 428).

En las obras de Rodó se reflejan las actitudes y hechos imperialistas estadounidenses contra América Latina: la intervención en Cuba, la “conquista” de Panamá, la intervención en México durante la Revolución, la intromisión en Venezuela movieron la pluma de Rodó para protestar contra estos acontecimientos:

Si es cierto que su interpretación vital coincide con un típico autor radical socialista francés como es Alain, y su

léxico no es el de nuestro tiempo, hace —hay que reconocerlo—, críticas atinadas y certeras sobre los efectos del capitalismo, visibles en los Estados Unidos. Lo que ahora hasta los mismos norteamericanos denuncian como la corrupción y el vicio imperante en su país, ya está dicho en buena parte desde 1900 por José Enrique Rodó (Rama, 1975: 28).

El pensamiento

El *Ariel* marcó a toda una época y a toda una generación de hispanoamericanos:

Rodó es el profeta de la esperanza de los pueblos latinoamericanos. La esperanza que nace con el siglo, el siglo que apunta hacia las grandes hazañas de la ciencia, la técnica y el absoluto dominio del hombre sobre la naturaleza. *Ariel* es un canto de esperanza al espíritu de la América Latina (Zea, 1976: 73).

Rodó se ubica en el inicio de la ruptura, en su caso no de manera plena,³ con la filosofía positivista, propia de los explotadores, no de los pueblos explotados, y al igual que Martí, observa los peligros de la “nordomanía” para los latinoamericanos. Ello constituiría la esencia de su “antipositivismo”. A pesar de que admira a la nación norteamericana, reconoce que no es posible ubicarla como un modelo,

como un ideal para el resto de Hispanoamérica. Ello se debe a que en los Estados Unidos existen defectos diversos y graves:

...en esa misma desbocada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas... tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida... Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Vive para la realidad inmediata del presente y por ello subordina toda su actividad a egoísmo del bienestar personal y colectivo... es un pueblo donde la confusión cosmopolita y el atomismo de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional... el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita... Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado en el enorme pueblo, por una radical ineptitud de selección, que mantiene junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política, un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales (Rodó, 1979: 41-43).

Utilitarismo, falta de variabilidad, fuerte "espíritu de vulgaridad" (Rodó, 1979: 44, 46) que de ninguna manera puede estar acorde con la idiosincrasia

latinoamericana. Los Estados Unidos son movidos tan sólo por la satisfacción de sus instintos utilitarios y por la avidez de bienes, por un materialismo grosero que los incapacita para crear cultura y tener ideales elevados. Además, se pierden en una nociva, mediocre e igualitaria democracia, que no permite destacar al individuo. De tal forma, no pueden ser de ninguna manera el fin último de América Latina, por lo que su modelo deberá ser cambiado y adaptado por pueblos más espirituales que sean capaces de aprovechar las creaciones materiales norteamericanas:

La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección (Rodó, 1979: 49).

Y concluye críticamente diciendo:

...una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los pueblos asiáticos, la aptitud de su variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido (Rodó, 1979: 50).

América Latina, en cambio, debe procurar lograr su emancipación con base en la eliminación del:

interés egoísta de las almas, en pensamiento inspirado en la preocupación por los destinos ulteriores a nuestra vida, [que] todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece... Pero no como Hartmann, en nombre de la muerte, sino de la vida misma yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedirlo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel (Rodó, 1979: 56-57).

Para nosotros, Rodó peca de idealismo y no señala verdaderos caminos de lucha en contra de la penetración imperialista norteamericana, y si bien observa el desarrollo económico de los Estados Unidos con base en los poderosos monopolios (Rodó, 1979: 46) no hace hincapié en el peligro que ello significa para América Latina, perdiéndose en un pensamiento puramente idealista (Rodó, 1979: *passim*). A pesar de ello, Rodó es trascendental pues declara sin ambages que es necesario que América Latina y los latinoamericanos creen en ellos mismos, exploren su interior y su presente y su pasado, para encontrar las fuerzas que les permitan enfrentar y modificar su futuro, sin recurrir a modelos ajenos a su propia cultura y carentes de un verdadero contenido fructífero para la realidad latinoamericana. Rodó llama la atención y pide al hijo de América Latina que crea en sí mismo, para resolver así el problema de su existencia como entidad independiente en un mundo hostil, creado en gran medida

por el burdo materialismo imperialista de Norteamérica.

DESTRUCCIÓN Y CONSTRUCCIÓN: VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE (1895-1979)

El medio

Dos hechos marcan fundamentalmente el periodo en el cual Haya desarrolla su lucha antiimperialista: un factor interno, producto del mismo desenvolvimiento histórico del continente, la Revolución mexicana, y otro externo, verdadera culminación de la época que creyó en el progreso eterno y constante, que al fin desembocó en la Primera Guerra Mundial.

En tanto, en el Perú se producía un ascenso de las fuerzas reaccionarias de inspiración civilista, como fueron las administraciones de Guillermo Billinghurst (1904-1915), José Pardo y Augusto Leguía. Se vivía en el país, al igual que en casi toda Latinoamérica, una difícil situación económica y social: fuerte dependencia en las exportaciones con respecto al mercado mundial y en relación con el capital extranjero; ahorro e inversiones internas mínimos, frenados por las alzas en los precios y una balanza de pagos desfavorable. En efecto, con la Primera Guerra el país se vio sometido a una mayor demanda de sus productos (algodón, lana, petróleo, cobre, azúcar), lo que provocó un aumento de la producción, lo cual fue acompañado de inquietud social por

el aumento en el costo de la vida y las consiguientes demandas de mejores salarios y prestaciones, que en muchos casos no fueron satisfechas. Ello provocó la agudización de los conflictos obreros y en general la inquietud social en el país, lo cual llevaría a la caída de José Pardo en 1919, sucedido por Augusto Leguía, reelecto, pero que tuvo su debacle final en 1929. En medio de este clima de inestabilidad, ya desde 1923 Haya de la Torre intervenía en la dirigencia de los movimientos estudiantiles.

Al régimen de Leguía sucedió el auge del militarismo en el Perú: subió al poder Luis Sánchez Cerro, asesinado en 1933, al que Haya se enfrentó electoralmente en 1931, ya con el apoyo de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (o APRA), “fundada” (cf. *infra* nota 5) en México en 1924. A pesar de ello los militares continuaron en el poder, y en 1936 el general Oscar

Benavides ascendió a la Presidencia, desconociendo el triunfo del APRA, que fue reprimida con dureza. En 1939, ya con la exclusión del APRA, fue electo Manuel Prado como presidente del Perú, cargo en el que permaneció hasta 1945, luego de haber enfrentado la guerra con Ecuador, la cual culminó en 1942 y de haber roto relaciones con las potencias del Eje en ese mismo año.

De tal forma, el tiempo de Haya fue la época en que el anarcosindicalismo aparecía como forma de lucha y de sistema; se hablaba del socialismo libertario de M. Bakunin y de la Federación Anarquista Española; Manuel González Prada influía sobre las juventudes, lo mismo que el *Ariel*, y Pío Gil en Francia lanzaba sus mensajes antiimperialistas. Perú vivía en efervescencia, por lo interno y lo externo.⁴

El hombre

Víctor Raúl Haya de la Torre nació el 22 de febrero de 1895 en el departamento de La Libertad, en Lima, Perú. Fue influido determinadamente por Manuel González Prada, que fomentaba el deseo de justicia, libertad y democracia por medio de un “nihilismo edificante” y un anarquismo “necesario” como freno a los excesos cometidos desde el poder. De esta forma, en 1918 Haya inicia sus primeras actividades de agitación política: el Comité de Huelga del Perú efectúa un paro general exi-



giendo la jornada de ocho horas. En 1920, es elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, y lleva adelante su movimiento reivindicador, que es paralelo a los intentos de la clase media peruana por alcanzar reivindicaciones políticas. En 1921 funda las “Universidades Populares González Prada” para trabajadores, y al mismo tiempo organiza el primer Congreso Nacional de Estudiantes. En esta década viaja por Rusia, Francia e Inglaterra, donde estudiaría en Oxford, como complemento a la educación recibida en las Universidades de Trujillo y San Marcos de Lima. Durante este periodo, en México fundaría⁵ la APRA el 7 de mayo de 1924, cuyo programa se concretó en diciembre del mismo año. Los cinco famosos puntos generales del Partido, alrededor de los cuales girará su obra y su pensamiento, son:

1. Acción contra el imperialismo
2. Por la unidad política de América Latina
3. Por la nacionalización de tierras e industrias
4. Por la internacionalización del Canal de Panamá
5. Por la solidaridad de todos los pueblos y clases oprimidas del mundo

El 12 de enero de 1927, en París, Haya fundó el Primer Centro de Estudios Antiimperialistas del APRA, y al momento de la fundación propuso el estudio del problema imperialista, al

que concebía no sólo como invasión armada sino también como el empréstito o la concesión que ataba a los países latinoamericanos a las necesidades del capitalismo yanqui. Haya se encontraba mayormente influido por las continuas intervenciones norteamericanas en América y por la situación de su país, todo lo cual explica su gran inquietud antiimperialista. Debe decirse que su doctrina demuestra una rigurosa aplicación del materialismo histórico para la realidad latinoamericana de 1928: las etapas de desarrollo histórico-social propuestas por Marx debían de cumplirse. Así, era necesaria la instauración de un verdadero “capitalismo de Estado”, a semejanza de la Nueva Política Económica (NEP) de Lenin de 1921, etapa necesaria de transición hacia la “Rusia socialista”. La diferencia que presuponía Haya era que en América Latina el capitalismo se desarrollaría en torno a un Estado contrario al imperialismo, esto es, un Estado aprista (Planas, 1985: 86).

Haya regresó al Perú y participó en la lucha electoral que comentaba mos, sin otro resultado que la represión de los apristas. La misma llega al colmo durante la dictadura del general Manuel A. Odría, que por el golpe de Estado de 1946 permanece en la Presidencia hasta 1956. En este periodo es asesinado el secretario del APRA, Luis Negreiros, y se da la persecución de Haya que se refugió en la embajada de Colombia en Lima (1949), lo cual provocó un problema en el que intervino

el mismo Tribunal de La Haya, ante la negativa de Colombia de conceder su extradición a Perú. Finalmente, Haya salió del país en 1954 y regresó en 1957, participando nuevamente en la vida política peruana: en 1962 fue electo presidente, pero otra vez el ejército se interpuso. Finalmente, en 1963 fue vencido en las nuevas elecciones por Fernando Balaúnde. A partir de entonces, fue desapareciendo paulatinamente de la vida política peruana, sumergiéndose en una especie de “limbo político” (según Planas, 1985: 8) hasta su muerte, además de mostrar un cambio bastante radical en sus posiciones políticas iniciales. Entre sus obras destacan *Por la emancipación de la América Latina* (1927), *Ideario y acción aprista* (1930), *El antiimperialismo y el APRA* (1935), *Excombatientes y desocupados* (1936) y *La defensa continental* (1944), entre otras (Cossío, 1960-1961: *passim*).

La doctrina de Haya no fue comunista, sino “social-indigenista de raíz y corte iberoamericana”. Se edificó sobre la realidad de América Latina observada por Haya. Fue duramente atacada por los socialistas por su pretensión de “extender la revolución al conjunto de los grupos sociales medios y a las masas campesinas y no solamente a los obreros”.⁶ De su doctrina, uno de los aspectos más originales es el que dedica al indigenismo, posición que se generó sin duda en el pasado prehispánico andino. Ello atrajo a gran número de partidarios al aprismo, al

mismo tiempo que mostraba la difícil realidad del país a diversos sectores de la población peruana.⁷ Para Haya, el aprismo

significa consecuentemente la fuerza revolucionaria capaz de imponer la dictadura del proletariado campesino y obrero, y de establecer la lucha organizada de esa dictadura en contra del imperialismo, que es el capitalismo...⁸

Pero ello no quiere decir que la meta del APRA hubiese sido el socialismo, sino más bien un capitalismo con mayor participación de las clases medias latinoamericanas. Se quería hacer de América Latina una especie de socio menor del capitalismo norteamericano, por lo que el antiimperialismo de Haya de la Torre no sólo rechaza a los Estados Unidos sino también a la propia Unión Soviética:

Las ideas de Haya de la Torre y el aprismo apuntan ya a lo que habría de ser, años más tarde, la doctrina central del presidente John F. Kennedy. Doctrina de las relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica, y plataforma de acción inspirada, al parecer, por varios de los seguidores latinoamericanos de Haya de la Torre y el APRA. Esto es, la Alianza para el Progreso. Una acción tendiente a alcanzar la colaboración que solicitaba el líder aprista a los Estados Unidos, para que Latinoamérica pudiese ser parte activa del capitalismo. Un socio, aunque fuese menor, del sistema

que encabezaba la poderosa nación al norte de América (Zea, 1976: 147, 163-164, 168-169).

*El pensamiento*⁹

Puede decirse que la preocupación fundamental de Haya de la Torre es su doctrina antiimperialista, al señalar los grandes peligros del imperialismo para lo que él llama Indoamérica.¹⁰ Su pensamiento se basa en una concepción filosófica peculiar, una línea de inspiración marxista en cuanto a su “instrumental dialéctico”, ya que según Haya su “pensamiento político arranca de una premisa de emancipación cultural de Indoamérica, comenzando por la historia; que dentro de los mismos patrones europeos me parece desubicada... supone una nueva perspectiva de la historia, desde América y no desde Europa”. Su base filosófica es el “relativismo de Einstein aplicado al campo histórico-social”, o sea, la necesidad de tomar en cuenta la realidad histórica concreta para con base en ella aplicar las medidas convenientes, sin forzar las teorías a marcos rígidos de ninguna especie. Por ello Haya escribe: “lo que es el aprismo en su línea fundamental de interpretación histórica de la realidad indoamericana habrá de recordar la importancia fundamental que tiene en nuestra ideología la ubicación del observador con respecto a los fenómenos observados” (González, 1958 135-138).

Si bien Haya abreva en Marx:

...el aprismo es una escuela nueva. Es una concepción político económica que dentro de la línea de inspiración filosófica marxista toma, al aplicarse a la realidad latinoamericana, una dirección diferente a la que hasta ahora siguen en Europa los otros tres principales movimientos basados en el marxismo... El aprismo formula una nueva interpretación del marxismo para Indoamérica y transporta la concepción einsteniana del espacio-tiempo al campo histórico social de este complejo conglomerado de regiones y razas... rechaza el marxismo como dogma inmóvil, yerto... lo acepta sujeto a la perenne negación del perenne devenir. Así, el aprismo está dentro de un marxismo dialéctico, vital, que no es “verdad eterna” sino parte del eterno proceso de contradicciones que van marcando la evolución del pensamiento humano... (Cossío, 1939: 177-180)¹¹

Nos hemos detenido un poco en esta concepción de Haya que no tendría nada de particular —el marxismo debe adaptarse a la realidad en que se aplica— si no recordásemos que en la época en que fue formulada el absurdo dogmatismo de la URSS y de algunos teóricos “marxistas” se empeñaba en preservar a Marx de los “impuros contactos” que fomentaran su “desviación” y “revisión”. Esta posición incorrecta, que fue uno de los factores que generaron la crisis definitiva del “socialismo

real” se enfrentaba a las ideas de Haya o de Mao, que precisamente propugnaban por lo contrario, la adaptación del marxismo a los casos concretos de sus respectivos países, sin ceñirse necesariamente a modelos construidos fuera de sus respectivas realidades. Por otra parte, este relativismo de Haya se refleja también en su concepción del imperialismo. En efecto, para el peruano, a diferencia de la teoría de Lenin, el imperialismo se define como:

...un fenómeno económico de expansión capitalista... En Europa el imperialismo es la última etapa del capitalismo —vale decir la culminación de una serie de etapas capitalistas... Pero en Indoamérica, lo que en Europa es la última etapa del capitalismo aquí resulta la primera. Para nuestros pueblos, el capital inmigrado o importado plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna... El gran capitalismo, la gran industria, no han surgido en Indoamérica como producto de su evolución económica: han advenido, han invadido conquistadoramente... con nuestra filosofía, el imperialismo... es relativo al espacio y al tiempo de donde se produce y a donde llega... el imperialismo es la primera e inferior etapa del capitalismo en los países económicamente coloniales o semicoloniales como Indoamérica... sólo industrializa parcialmente a Indoamérica a base de la producción de materias primas; pero no hace la máquina ni llega a crear una burguesía nacional autóctona y poderosa.. es tan

peligroso como necesario. Con él corremos los riesgos de la sujeción, pero sin él sería inevitable el estancamiento y la retrogradación (Haya, 1961: II, 97-98, 100, 104, 124-125, 127 y 1936: 53, 155).

El gran representante del imperialismo en América es desde luego Estados Unidos. Los capitalistas yanquis son el principal riesgo para Latinoamérica (Haya, 1936, II, 154; Cossío, 1939: 128 y 1960-1961: 9, 230). La táctica que emplean los norteamericanos está basada, en gran medida, en la alianza de los gobiernos reaccionarios y los poderes oligárquicos internos:

la política de las clases gobernantes, que coopera en todos los planes imperialistas de los Estados Unidos, agita los pequeños nacionalismos, mantiene divididos o alejados a nuestros países unos de otros y evita la posibilidad de la unión política de América Latina... Consecuentemente la lucha es indispensable... (Contreras y Sosa, 1973: I, 175-176)

Como indicábamos, Haya ve los riesgos del fenómeno imperialista pero no rechaza de ninguna manera al capitalismo. Éste le parece necesario para el desarrollo de los pueblos latinoamericanos, y es una fase que no es posible obviar en el desarrollo histórico de nuestros pueblos:

vale no olvidar que el sistema capitalista, del que el imperialismo es la máxima

expresión de plenitud, representa un modo de producción, un grado de organización económica superior a todos los que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, periodo inevitable en el proceso de la civilización contemporánea... Nuestro caso es otro: es el de una zona económica infradesarrollada que debe industrializarse para progresar y cuya industrialización depende del sistema capitalista cuyo desplazamiento hacia los países no industrializados tiene el carácter de imperialismo...(Haya, 1961: II, 27, 105 y 1936: 140-141).

Pero ante este imperativo histórico-económico insalvable, y para evitar los peligros del imperialismo, habla de un utópico e idealista “condicionamiento” del capital extranjero, necesario en todo caso, y que de esta forma vendría no ya a expropiar, sino a desarrollar a nuestros países:

Condicionar, limitar, sistematizar el ingreso de capitales extranjeros a nuestros países no es ahuyentarlos, como algunos creen ignorantemente... Para condicionar o restringir las inversiones de capitales extranjeros se precisa un verdadero plan científico, económico y financiero dictado por el Estado del país que recibe capitales. Plan científico que supone organización interior de la economía teniendo en cuenta los intereses nacionales, y esto es nacionalismo económico orgánico (Cossío, 1939: 226).

Dentro de este orden de ideas, el autor habla de la unión de las tres grandes mayorías de los pueblos latinoamericanos, obreros, campesinos y clase media, para llegar así a una “nacionalización” de los medios de producción (Haya, 1961: II, 158, 162-164) que implica la idea de una formación “nacional-capitalista de Estado”, desde luego dejando el campo libre a la iniciativa privada:

Por otra parte —y esto debe quedar inequívocamente dilucidado— hay que dejar ancho campo a la iniciativa privada, nacional y extranjera, en su acción constructiva a fin de promover la desfeudalización y la industrialización indispensable al progreso de nuestros pueblos (Haya, 1961: II, 164-165 y 1936: 138-139).

¿Qué clase de nacionalismo es el de Haya? Sería un nacionalismo reformista, que por un lado no aceptaba, en su momento, la viabilidad de la aplicación rígida de la doctrina marxista en América Latina, lo cual era muy válido, y por otro lado proponía un camino capitalista reformado, con mayor participación de las masas en la vida económica y política.¹²

¿Cuál es la vía antiimperialista de Haya? La misma se concreta en el programa del APRA y en los cinco puntos que mencionamos antes. Y así señala su propuesta de un “capitalismo de Estado”, el cual sería una:

...defensa económica que oponga al sistema capitalista que determina el imperialismo un sistema nuevo, distinto, propio, que tienda a proscribir al antiguo régimen opresor... “Estado antiimperialista” porque él debía organizar un nuevo sistema de economía “científicamente planeado” bajo la forma de un “capitalismo de Estado” pero diferente del ensayado en Europa durante la guerra; aunque encaminado a dirigir la economía nacional y a controlar o estatizar progresivamente la producción y circulación de la riqueza... El nuevo Estado, que no sería uno “de clase” sino el representado democráticamente por las tres clases mayoritarias de nuestros países, la campesina, la obrera y la media, “canalizaría eficiente y coordinadamente el esfuerzo de las tres clases representadas por él” y sería “la piedra angular” de la unidad latinoamericana y de la efectiva emancipación de nuestros pueblos (Haya, 1961: II, 149-150).

En la lucha antiimperialista es necesaria la unión de América Latina, pero más que un “panamericanismo” es necesario una “interamericanización” del continente, su unión sin la exclusión del mismo Estados Unidos:

“Panamericanismo” ha sido en su origen y esencia la política más o menos encubierta y más o menos farisea de la “diplomacia del dólar”... Interamericanismo expresa relación en igualdad de condiciones, coordinación y equidad... es vocablo que delimita relación “entre”

dos Américas, no confusión en un sólo “pan”... entraremos en una etapa interamericanista sin imperio, que comenzará por definir los dos grandes campos económicos en que se dividen las Américas... Obvio es agregar que la organización del Estado aprista y antiimperialista impone la unión política de la América Latina. Unión política que implica la unión económica. La resistencia al imperialismo no puede cumplirse por un país aislado de América Latina... Sólo la unión puede derribarlo... Hay que establecer nuestro banco latinoamericano de emisión y respaldo de inversiones y de defensa de la economía. Y sobre esa base establecer nuestro sistema de relaciones en igualdad de condiciones con los vecinos del norte... Interamericanismo democrático sin imperio y sin imperialismo es el lema aprista de las relaciones con Estados Unidos. Así impulsaremos nuestro desarrollo industrial sin que esta necesidad nos imponga sujeciones (Haya, 1961: II, 20; cf. Haya, 1946: 67-68; Cossío, 1939: 101 y 1960-1961: 231).

La solución de los problemas de América Latina vendrá entonces de la propia América, con base en el estudio de la realidad particular de Latinoamérica y sin copiar soluciones o teorías externas, sino adaptándolas a los problemas peculiares del continente:

...nuestros pueblos deben pasar por periodos previos de transformación económica y política y quizás por una revolu-

ción social —no socialista— que realice la emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y política indoamericana... Y realizar esa tarea es hacer obra de creación social, no necesariamente socialista. Aunque para los voceros del extremismo capitalista norteamericano... todo lo que signifique intervencionismo del Estado, control o planeación es socialismo... (Haya, 1961: II, 67-71).

La vía de Haya, para su momento, fue un intento de total independencia del modelo socialista soviético (Haya, 1961: II, 14), por lo que el único futuro posible de América Latina era el del antiimperialismo en cualquiera de sus formas (Haya, 1961: II, 38-39) y el de la creación de un “nuevo Estado” con las bases que comentamos.

El pensamiento de Haya de la Torre parece para su momento claramente nacionalista-reformista, producto directo de la crítica situación de América Latina en su tiempo, y de Perú en lo particular. Aspecto positivo fundamental de su propuesta era su consideración del indígena americano como sustento de su visión conceptual. Empero, encontramos también aspectos no suficientemente claros en cuanto a su aplicación práctica, como la “unión interamericana” o la “nacionalización” de los medios de producción, o bien las posibles repercusiones negativas para los grandes grupos sociales latinoamericanos de la aceptación de un capital extranjero “controlado”, “nece-

sario y bueno” (Haya, 1961: II, 156), que complementase a la iniciativa privada nacional, capital externo que de ninguna manera sería expulsado ni nacionalizado “sin más” (Haya, 1961: II, 164). Puntos como éstos explicarían el rechazo y enfrentamiento de Haya con diversos sectores de la izquierda peruana. Como quiera que sea, el pensamiento de Haya podría ser considerado como un paso más en la lucha por la liberación antiimperialista de América Latina, paso tal vez no tan radical como debió parecer en su momento, teñido de un reformismo de clase media, tendiente a mejorar la situación de ésta dentro del esquema de desarrollo capitalista que de ninguna manera se pretendía abandonar, teñido de una ideología antiimperialista exacerbada por la situación del momento y con un lenguaje socializante muy lejos, en la práctica, de llevarse efectivamente a cabo.

PALABRAS FINALES

Creemos que las tres concepciones y las tres soluciones al problema que presentamos aquí, ante la disyuntiva del enfrentamiento con el imperialismo norteamericano se ubican, a pesar de sus diferencias, dentro del proceso general de toma de conciencia de América Latina sobre los peligros del dominio norteamericano del continente. Productos claros de su tiempo y del nivel en la conceptualización del problema,

contribuyeron a crear esa conciencia, desgraciadamente hoy cada vez más diluida entre los pueblos latinoamericanos. El ejemplo representado por Cuba fue importantísimo en el desenvolvimiento de esta conceptualización, que requiere ahora re-adaptarse a los nuevos tiempos que se viven con la gran crisis del socialismo real que conocemos. Por lo demás, las tácticas de penetración cultural del imperialismo norteamericano han sido cada vez más refinadas y han servido ampliamente para contrarrestar esta toma de conciencia necesaria para lograr una verdadera emancipación con justicia social de los pueblos latinoamericanos. El educar a los cuadros dirigentes de las naciones de América Latina en sus diversas instituciones de educación superior ha sido una política muy favorable en su empresa de dominación continental. Además, tanto los Estados Unidos como los grupos reaccionarios internos de cada país han desarrollado una serie de mecanismos de control político y violento de los movimientos sociales en América Latina, con lo que la represión y el genocidio se han convertido en un hecho cotidiano a lo largo de nuestro siglo. En suma, el enemigo sigue siendo el imperialismo yanqui, de lo cual parece hablarse cada vez menos, so capa de no parecer anclado en la etapa de la guerra fría. La globalización económica y las políticas fondomonetaristas, bancomundialistas y otras, disimulan así su verdadera faz de apoyo neocolonialista y secularimperialista.

De una u otra forma, el “norte revuelto y brutal que nos desprecia” y sus aliados oligárquicos han logrado retrasar la liberación justa y humana que entrevieron Martí, Rodó y el propio Haya de la Torre. Cada uno de ellos señaló vías, contribuyó a desarrollar pensamientos que cada uno consideraron viables para su tiempo y según sus circunstancias peculiares. De esta forma, en el futuro el “tío Sam” y sus aliados, unión fundamental denunciada por Haya de la Torre, no podrán impedir al fin que se concrete la “esperanza” de Rodó, su sueño de una América

hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta... (Rodó, 1979: 54).

Será entonces cuando los “aliados para la explotación” deberán, irremisiblemente, hacer suyas las palabras del propio Martí:

¡Verso, nos hablan de un Dios
A donde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos
O nos salvamos los dos!

José Martí, 1892

NOTAS

- ¹ “La clave de la fisonomía económica y de la actividad política de América se halla en esta simple palabra: ‘imperialismo’. El monopolio español y lusitano... la hegemonía británica. Los Estados Unidos... como potencia imperial... desde Monroe (1823), pero sobre todo después de la Guerra de Secesión, cuando se definió la teoría del ‘Destino Manifiesto’... El imperialismo trasciende el campo político e interviene en la contextura de los gobiernos.” (véase Sánchez, 1972: 466).
- ² Como justificante de la posición de los Estados Unidos, véase Benet, 1965: *passim*, alegato pseudo imparcial acerca de los Estados Unidos como guardianes y benefactores del mundo.
- ³ Cf. al respecto algunas de las páginas del *Ariel*, como las 29, 31-33, 59, donde se manifiestan aspectos claros de pensamiento de Rodó en torno al “positivismo genial” inglés (p. 42). Más bien Rodó sería un enlace entre una concepción positivista y el inicio de una reacción ante la misma.
- ⁴ Cotler (1985: I, 379-430); Thibaldo González (1958: 30-31, 33-34, 37, 59, 63-64), enumera las principales intervenciones de los Estados Unidos en América Latina durante los años de formación de Haya, lo cual sin duda influyó en su pensamiento: 1909, 1912 y 1925, Nicaragua, hasta 1932 cuando abandonaron el país; 1910 y 1930, Honduras; 1914, México; 1915, Haití; 1916, Santo Domingo. Cf. además Cossío del Pomar, 1939: 56, 60, 62, y del mismo autor, 1960-1961: 225-226, 283.
- ⁵ Pedro Planas Silva (1985: 28, 30), niega que el verdadero aprismo, con su contenido ideológico, económico-social, etcétera, hubiese surgido en esa fecha tradicional. En cambio, observa la influencia del pensamiento de José Vasconcelos y Manuel Ugarte en las ideas de ese periodo del joven Haya.
- ⁶ Entre los críticos de Haya se encontraba Julio Antonio Mella, el cual publicó en abril de 1928 un artículo en *Amauta*, calificando a Haya de “arpista ingenuo” (Mella escribió ARPA en vez de APRA) condenando duramente sus propuestas ideológicas plenas de “divisionismo y oportunismo” (véase Planas, 1985: 77-78). En etapas posteriores, el ataque de los socialistas al aprismo continuaría manifestándose. Por ejemplo, Ismael Frías (1970: 83), señala que “el avance y la victoria del socialismo en el Perú son indeliberables de la plena y total liberación de las masas de la influencia reaccionaria del APRA”.
- ⁷ Cf. Enríquez, 1951: *passim*, aguda crítica en contra de Haya y el aprismo.
- ⁸ “El proceso Haya de la Torre”, en *Obras completas*, vol. V, p. 263 (*apud* Planas, 1985: 88).
- ⁹ Es necesario aclarar que en esta sección intentamos retomar las ideas originales de Haya entre 1924 y la siguiente década, fundamentalmente. No analizamos aquí el viraje ideológico posterior de Haya, que lo lleva a profesar un claro “anticomunismo” y a declarar en 1962 que “no era el APRA quien había cambiado sino el criterio de la gente con respecto a nosotros”. Empero, los críticos de su obra reconocían (Haya nunca lo aceptó) que “su pensamiento y su posición política habían variado en prácticamente ciento ochenta grados” durante las etapas posteriores de su vida y hasta su muerte (cf. Planas, 1985: 7).
- ¹⁰ “...los términos ‘Hispano o Ibero América’... corresponden a la época colonial... el término ‘Indoamérica’ es más amplio... comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo ‘cósmico’... manteniendo su vigencia frente al porvenir... determina y señala nuestro continente, aludiendo a su contenido social, étnico, político, idiosincrásico, lingüístico.” (Ver Haya, 1946: 52-53).
- ¹¹ Otra definición interesante de Haya es la de “espacio y tiempo histórico”, que

no consignamos aquí por rebasar nuestro tema de interés en estas páginas. Sobre el "marxismo no comunista" de Haya y las implicaciones político-sociales de lo anterior, cf. Jacques Lambert (1978: 268, 352-353).

¹² "...la independencia económica de la América Latina depende de la abolición de todo el sistema capitalista mundial y que ella no puede realizarse completamente sino cuando el proletariado de los grandes países industriales destruya sus raíces mismas... Fácil es inferir que la abolición radical del sistema capitalista no puede cumplirse sino donde el capitalismo ha llegado al punto central de su curva, vale decir en los grandes países que marchan a la vanguardia de la industria mundial... No ha de ser en los países coloniales o semicoloniales, que recién viven su primera o sus primeras etapas capitalistas, donde el capitalismo pueda ser destruido". Haya, 1961: II, 15, 30). La experiencia cubana echó por tierra esta suposición. "En efecto, en Cuba... parece ser que el capitalismo dependiente llegó en un plazo histórico, relativamente breve, a agotar las posibilidades de desarrollo que llevaba en su seno. Este agotamiento precoz se debió a las condiciones estructurales en que se desarrolló esta formación social y a la configuración orgánica que fue adquiriendo a raíz de su vinculación con el capital y el sistema hegemónico norteamericano..." (Véase Pierre-Charles, 1978: 15). Desde luego, esta opinión de Haya corresponde a una etapa anterior a la del inicio de la experiencia cubana.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Willi Paul
 1979 *Los Estados Unidos de América*, trad. por M. Cajal y P. Gálvez, Siglo XXI (Historia universal, 30), México, VIII+493 p., maps., plans., 2a. ed.
- Benet, Stephen Vincent
 1965 *Historia sucinta de los Estados Unidos*, trad. por L. Mirlas, Espasa-Calpe (Austral, 1250), Madrid, 3a. ed., 147 p.
- Beyhaut, Gustavo y Hélène
 1985 *América Latina. III. De la independencia a la Segunda Guerra Mundial*, Siglo XXI (Historia universal, 23), México, VII+295 p., illus., maps.
- Contreras, Mario e Ignacio Sosa
 1973 *Latinoamérica en el siglo XX. 1898-1945. Textos y documentos*, 2 t., Colegio de Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México (Lecturas universitarias, 19), México.
- Cossío del Pomar, Felipe
 1939 *Haya de la Torre, el indoamericano*, América, México, 291 pp.
 1960-61 *Victor Raúl: biografía de Haya de la Torre*, Cultura, México, 324 p.
- Cotler, Julio
 1985 "Perú: estado oligárquico y reformismo militar", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, t. I, Siglo XXI (Historia), México, 5a. ed., pp. 379-430.
- Enríquez, Luis Alejandro
 1951 *Haya de la Torre. La estafa política más grande de América*, Ediciones del Pacífico, Lima, 183 p.
- Frías, Ismael
 1970 *La revolución peruana y la vía socialista*, Horizonte, Lima, 280 p.
- Furtado, Celso
 1974 *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, trad. por A. Gimpel Smith, Siglo XXI (Estudios internacionales. Instituto de Estudios Internacionales. Universidad de Chile. Economía y Demografía), México, 5a. ed., 311 p.
- Galeano, Eduardo
 1979 *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México, 23a. ed.

- González, Thibaldo
 1958 *Haya de la Torre. Trayectoria de una ideología*, pról. por J. Nuçeta, Sardi, Garrido, Caracas, 181 p., ilus.
- Halperin Donghi, Tulio
 1981 *Historia contemporánea de América Latina*, trad. por Cesare Colombo, Alianza Editorial (Humanidades), Madrid, 9a. ed., 549 p.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl
 1936 *El antiimperialismo y el APRA*, Erçilla, Santiago de Chile, 2a. ed., 214 p.
 1946 *La defensa continental*, América lee, Buenos Aires, 3a. ed., 158 p.
 1961 *Pensamiento político de... (Ideología aprista)*, t. II, Pueblo, Lima, fots.
- Lambert, Jacques
 1978 *América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, pról., rev. y ads. por Antonio Lago Carballo, trad. por P. Bordonaba, Ariel (Demos), Barcelona, 613 p.
- Le Riverend, Julio
 1985 "Cuba: del semicolonialismo al socialismo (1933-1975)", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, t. II, Siglo XXI (Historia), México, 5a. ed., pp. 39-86.
- Martí, José
 1902 *En los Estados Unidos*, ests. prevs. por N. Hereida, N. Bolet y D. Estrada, Gonzalo de Quezada, La Habana, 3 t.
 1953 *Cartas familiares (selección)*, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del centenario y del Monumento de José Martí, La Habana, 133 p.
 1953a *Discursos revolucionarios*, pról. por R. Catala, Oficina del Historiador de la Ciudad (Colección del centro de estudios de Martí, 2), La Habana, 118 p.
 1980 *Textos de combate*, bosq. biogf., selec., apénd. bibliogf. y cronl., por S. Morales Pérez. Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, 103), México, 220 p.
- 1980a *Nuevas cartas de Nueva York*, inv., intr. e índ. por E. Mejía Sánchez, Siglo XXI (América Nuestra. Los Hombres y las Ideas), México, 268 p.
 1982 *Sus mejores páginas*, est., nots. y selec. por R. Lazo, Porrúa (Sepan Cuantos, 141), México, 5a. ed., XLII+253 p.
- Martí, José
 s/f *Flor y lava. Discursos, juicios, correspondencia*, pról. por A. Lugo, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, París, XLVIII+372 p.
- Pereyra, Carlos
 1973 *Breve historia de América*, Nacional (Económica, 419), México, 749 p., ilus., maps., plans.
- Pierre-Charles, Gérard
 1978 *Génesis de la Revolución cubana*, Siglo XXI (Sociología y Política), México, 2a. ed., 188 p.
- Planas Silva, Pedro
 1985 *Mito y realidad. Haya de la Torre (Orígenes del APRA)*, Centro de Documentación e Información Andina (CDI)/Promotores, Consultores y Asesores Andinos, Lima, 127 p., ilus.
- Rama, Carlos M.
 1975 *La imagen de los Estados Unidos en la América Latina. De Simón Bolívar a Salvador Allende*, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), México, 166 p.
- Rodó, José Enrique
 1979 *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos: Rubén Darío-Bolívar-Montalvo*, 5a. ed., est. prelm., índ. biog., cronol., y resum. bibliog., por R. Lazo, Porrúa (Sepan Cuantos, 87), México, XLVI+ 256 p.
- Sánchez, Luis Alberto
 1972 *Breve historia de América*, Lósada (Los fundamentos de la cultura), Buenos Aires, 2a. ed., 553 p., ilus., maps.

Sierra, Gerónimo de

- 1985 "Consolidación y crisis del 'capitalismo democrático' en Uruguay", en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, t. 1, Siglo XXI (Historia), México, 5a. ed., pp. 431-457.

Zea, Leopoldo

- 1976 *Dialéctica de la conciencia americana*, Alianza Editorial Mexi-

cana (Biblioteca Iberoamericana, 1), México, 357 p.

- 1976a *El pensamiento latinoamericano*, Ariel (Biblioteca de Ciencia Política, Demos), Barcelona, 3a. ed., 542 p.

- 1979 *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, selec., pról. y notes. por Leopoldo Zea, México, Diana (SepDiana, 14), 2a. impr., 260 p.